

## UTILIDAD DEL HUMANISMO EN MEDICINA.

Los primeros filósofos de lo que consideramos cultura occidental afirmaron que el hombre mueve su voluntad en la búsqueda de tres categorías en las cosas que se denominan los tres trascendentales: lo verdadero, lo bueno y lo bello. Estas categorías han estado vigentes sin modificaciones hasta prácticamente nuestros días en que una nueva se ha venido a convertir en la principal: lo útil. Claro que aquellos autores griegos ya concluyeron que sólo es útil lo que reúne las tres condiciones de bello, bueno y verdadero. Pero no es éste el concepto que de utilidad tiene nuestro tiempo. Aquí y ahora, útil es lo que produce, y cuanto antes mejor, un beneficio material al individuo o a la sociedad, algo que se palpe y, a ser posible, mejor si además se luce. Llegados a este punto las preguntas surgen de inmediato: ¿es útil el humanismo?, y aproximándonos más a nuestro oficio, ¿lo es el que desarrollan algunos médicos como añadidura de su estricta labor profesional?, ¿beneficia de alguna manera el humanismo al ejercicio de la medicina?

Una primera cuestión es qué se entiende por humanismo, porque en ocasiones el uso común confunde el término con el de humanitarismo que nos es más que la sensibilidad o la compasión de las desgracias ajenas. Pero, claro, ¡bueno sería que el médico no fuera un individuo humanitario cuando esa compasión está en la raíz de su vocación!

El recurso al diccionario de la R.A.E. no nos va a ser de mucha ayuda porque se queda muy corto. Dice escuetamente que humanismo es el cultivo o conocimiento de las letras humanas; y tales letras se limitan a la literatura y especialmente la griega y latina. Demasiado poco, desde luego. El *Diccionario de uso del español* de doña María Moliner define a las humanidades como: “Conocimientos o estudios que enriquecen el espíritu pero no son de aplicación práctica inmediata; como las lenguas clásicas, la historia o la filosofía.” Esta sucinta enumeración podría alargarse a cualquiera de las bellas artes así como a otras muchas cuestiones cuya principal cualidad es precisamente su falta de utilidad inmediata. ¿Qué utilidad tienen un cuadro de Gauguin o la novena sinfonía de Beethoven o una película como *Casablanca*?

Sin embargo, el interés por los conocimientos enriquecedores del espíritu ha estado presente de forma ininterrumpida en el quehacer intelectual de los médicos. Remontémonos a los escritos recogidos en el *Corpus hipocraticum*, creador del *ars medica*. Los *Aforismos*, *Las dietas*, *El médico*, *Del aire*, *el agua y los lugares*, etc., hasta el mismo *Juramento*, son ejemplos de ello. El primero de los Aforismos: “La vida es breve; la

ciencia, extensa; la ocasión, fugaz; la experiencia, insegura; el juicio, difícil (...)” es un reconocimiento de nuestras limitaciones y un estímulo al estudio de cuanto rodea al paciente. Otras frases hipocráticas como “El médico que también sea filósofo se asemejará a un dios”, son declaraciones expresas de que la labor intelectual del médico no se limita al conocimiento de la enfermedad y de sus remedios sino que se extiende a comprender todo lo que es humano y a acercarse a lo que es divino.

Los siglos medievales contaron con médicos con faceta humanista mucho antes de crearse este término. En la concepción medieval del mundo y de la existencia el hombre, sus obras y la naturaleza forman una sola realidad y sus partes son inseparables. Si quien construía un templo o tendía un puente, quien guerreaba, oraba en un claustro o hendía el terruño con rudimentarios aperos, se consideraba miembro de un organismo superior al individuo, cuánto más habría de hacerlo el médico ante cuyos ojos y en cuyas manos transcurrían la vida y la muerte, el dolor y la angustia de sus semejantes. Pensemos en una medicina ejercida de manera prioritaria en el ámbito de los monasterios. Aquellos monjes dedicaban una parte de su actividad a la atención a los enfermos como parte de su labor de caridad religiosa, pero simultáneamente eran los guardianes de todo el saber antiguo, sus recopiladores en los maravillosos manuscritos salidos de sus scriptoriums, y, lo más importante, sus comentadores y quienes lo transmitieron luego a la sociedad seglar y a las instituciones que ésta fue creando como las universidades, las bibliotecas y los hospitales. Textos médicos fundamentales para el conocimiento de nuestra ciencia, por ejemplo, los de Avicena o Averroes, así como otros de la antigüedad griega, han llegado hasta nosotros por esa labor medieval.

Con la llegada del Renacimiento, el humanismo se erige en actitud rectora de la sociedad. Pintores, escultores, arquitectos y literatos nos han dejado una obra imperecedera porque es palpable o está al alcance de los otros sentidos y ha perdurado en el espacio. Pero ¿y la medicina? Pues qué duda cabe de que sus practicantes estaban también en primera línea en cuanto a entusiasmo por las nuevas revelaciones del intelecto. Paracelso, Vesalio o Fracastoro, por nombrar sólo a tres de ellos, podrían ser superponibles a Miguel Ángel, Rafael, Dante o Bocaccio; y no únicamente por la importancia de sus aportaciones a la ciencia médica como éstos al arte, sino porque les movía la misma excitación, el mismo ansia por sacar a la luz todos los recovecos de la naturaleza humana. La alquimia, de algunos de cuyos descubrimientos todavía nos beneficiamos en la medicina actual, era, no lo olvidemos, una completa concepción del universo: la piedra filosofal transformaría no sólo cualquier metal en oro sino, mucho más

importante, la mente y el espíritu del alquimista en entes en íntima comunión con la divinidad: eran verdaderos filósofos que se movían entre fogones y alambiques como hoy podrían hacerlo por un sofisticado laboratorio de genética o de bioquímica.

Y qué decir de Vesalio. Su concepción anatómica, revolucionaria con todo lo conocido hasta entonces, hubiera quedado muy mermada en su difusión mundial si no fuera por los asombrosos dibujos con los que ilustró su obra *De humani corporis fabrica*. Son dibujos bellos por sí mismos, además de por lo que muestran, y corresponden al trabajo de un auténtico artista o de varios que colaboraron con Vesalio. Hoy la iconografía para nuestras publicaciones la obtenemos de múltiples fuentes y con avanzados sistemas de reproducción, pero imaginemos lo que era en la mitad del siglo XVI. El mismo médico era un artista y los artistas se disputaban el privilegio de trabajar con el médico. Por la misma época están pintando Tiziano en Italia y El Greco en España; un tiempo de gloria para las artes a la vez que para las ciencias como esta nuestra de la medicina.

Y otros incluso se iban hasta las estrellas; no olvidemos que Nicolás Copérnico era médico. O directamente se aplicaban a las letras como el caso de François Rabelais, autor de la colosal colección de relatos *Gargantúa y Pantagruel*.

Instalado, pues, con el Renacimiento el concepto de humanismo de una forma destacada entre los que van a inspirar la cultura europea y sus irradiaciones en todo el mundo occidental, las páginas de la historia recogerán ya con ese apelativo a múltiples individuos de los siglos posteriores. En el ámbito médico y en cuanto a españoles se refiere, hemos de destacar en las primeras centurias a dos personajes tan significativos como Andrés Laguna y sobre todo Miguel Servet, a quien su dedicación a la filosofía y a la teología le llevaron por un dramático camino que por mucho tiempo pudo hacer olvidar sus aportaciones relevantes a la medicina. Sin embargo, hay que recordar que Servet describe la circulación pulmonar, años antes que Harvey, como descubrimiento que viene a demostrar que la sangre ha de llenarse de “espíritu” y éste entra en el cuerpo con el aire respirado. Él, a pesar de ser médico, se preocupó fundamentalmente de cuestiones teológicas y valoró siempre su hallazgo como confirmación de sus tesis en ese ámbito del conocimiento sin darle demasiada importancia a la cuestión anatómica.

Años después, Lope de Vega en su obra *El laurel de Apolo* cita a un numeroso grupo de médicos con dedicación a la poesía, uno de los géneros literarios más frecuentados por nuestros colegas.

Habría que diferenciar dos clases de médicos humanistas. El primero lo constituyen quienes se relacionan con las humanidades desde su propia particularidad de médicos,

dejando en sus actividades en ese campo la impronta de su profesión. El segundo sería el de los que establecen de modo voluntario una línea de separación absoluta entre su actividad médica y su dedicación a cualquier faceta del humanismo. Si rebuscamos en otras profesiones no encontraremos ninguna en la que proliferen tanto los individuos que de un modo u otro dedican una parte importante o mayoritaria de su tiempo y sus esfuerzos intelectuales a asuntos humanísticos como la profesión médica; y eso debe querer decir algo. O el ser médico predispone a la afición por las humanidades, o bien, viceversa, ese gusto por los temas humanísticos tiene algo que ver con el nacimiento de la vocación por la medicina.

Entre todas las artes es con diferencia la literatura la que cuenta con mayor número de médicos entre sus practicantes. Seguramente influye en este hecho el que los médicos, que viven tan de cerca la intimidad de los seres humanos, se sienten interesados y hasta obligados a llevar sobre el papel muchas de sus experiencias o el fruto de su meditación ante la vida. Porque el médico o medita sobre la vida o no es médico. En la mayoría de las ocasiones, cuando toman la pluma y relatan cualquier historia, se marca en ella un toque de especial intimismo, de compartir sinceramente los más profundos sentimientos que agobian o engrandecen a los hombres y las mujeres de la realidad. Siempre se ha dicho que el buen escritor, sobre todo en el caso de la narrativa, tiene que ser un individuo con múltiples y variadas experiencias que luego plasmará en el relato convirtiéndolas en la trama a través de la que se mueven sus personajes. Stendhal definió la novela como un espejo situado a la orilla del camino de la vida; y qué mejor espejo, más receptivo para las figuras que pasan junto a él, que el médico.

La gran tradición del médico literato se inicia en el tránsito de la Edad Media al Renacimiento con el antes nombrado médico francés Rabelais. Pero es a partir del siglo XIX cuando el mundo literario se ve surcado cada vez más por médicos que compaginan su labor sanitaria con la literatura. Y cito sólo algunos ejemplos. John Keats, brillante poeta inglés del Romanticismo. El gran dramaturgo y novelista ruso Antón Chejov, autor de *La gaviota* o *El jardín de las cerezas*, ejerció de médico rural. Sir Arthur Conan Doyle, creador del personaje de Sherlock Holmes a quien siempre acompaña el Doctor Watson, trasunto del autor, fue médico a bordo de un ballenero e intentó inútilmente abrir una consulta en Londres sin que los pacientes acudieran a él, por lo que abandonó el ejercicio profesional para dedicarse sólo a escribir. Frank Gill Slaughter, cirujano durante la Segunda Guerra Mundial, escribió decenas de novelas con enorme éxito de lectores en

todos los países con argumento centrado en el mundo médico y también en el bíblico: *Hombres de blanco*, *Cirujano del aire*, *La espada y el bisturí* o *El velo sagrado*.

En España citaré únicamente a dos médicos representantes de las dos formas de entender al médico humanista a las que antes hice referencia. Santiago Ramón y Cajal, considerado como el paradigma del médico sabio o del sabio sin más apelativos, comenzó su andadura literaria con una novelita de ciencia ficción que firmó con el seudónimo de Doctor Bacteria en la que microbios y células antropomórficos se enfrentan y corren numerosas aventuras por el interior del organismo. Luego escribió otras obras, más serias, que figuran entre los mejores libros autobiográficos: *Mi infancia y juventud*, *Charlas de café* y *La vida vista a los ochenta años*. Cualquiera de ellas es, además de un ejercicio de buen estilo literario, no en vano Cajal fue contemporáneo y amigo de varios miembros de la Generación del 98, un manual didáctico sobre temas de sociología y de comportamiento personal que serían perfectamente aplicables a nuestro tiempo si es que se promocionara su lectura entre jóvenes y no tan jóvenes.

Pío Baroja fue médico rural en la localidad guipuzcoana de Cestona durante un par de años. No encajó mucho la manera de ser de don Pío con aquel trabajo y lo abandonó movido por su más fuerte vocación literaria y se vino a Madrid, sin una peseta de entonces, a vivir de la panadería Viena en la calle Marqués de Urquijo, propiedad de unos familiares. Su libro *El árbol de la ciencia* es, sin duda, uno de los mejores relatos de la vida médica española desde la etapa de los estudios universitarios hasta sus más íntimos detalles del ejercicio profesional, salpicado de innumerables referencias a los conflictos anímicos por los que atraviesa un médico en contacto con los ambientes más sórdidos de la sociedad.

En cuanto a la música, baste el nombre de Alexander Borodin para significar la maestría en ese arte de alguien que también ejerció la medicina. Por otro lado, si acabo de citar a un insigne compositor, los intérpretes musicales, algunos en grado de virtuosismo, son innumerables entre nuestros colegas de todas las épocas.

Otras veces los médicos se han dedicado a la interpretación de las artes y las humanidades. Aquí no se trata tanto de creadores como de buceadores en el significado de la creación ajena. La pintura, otras artes plásticas y la literatura han sido objeto de esa intención analizadora buscando los aspectos sanitarios y patológicos o sencillamente dramáticos que encierran las obras en sí mismas y los que afligieron y a veces hasta atenazaron a sus autores. Personajes como Cervantes o Nietzsche, el Greco o Van Gogh, Beethoven o Schumann, han sido sujetos de este análisis médico, con aportaciones muy

interesantes que en muchas ocasiones permiten comprender mejor y más a fondo el qué, el por qué, y el cómo surgieron tantas y tantas obras geniales de la creación humana. Libros como *Locos egregios* de Vallejo Nájera, padre e hijo, son un magnífico ejemplo de glosa y matización médicas a biografías que otros autores no han sabido penetrar tan a fondo. Para hacer un estudio médico tan profundo como el que Vallejo hace de las enfermedades que atribularon a Goya o a Schumann, por ejemplo, hay que poseer unos conocimientos extraordinarios de pintura y de música, porque es a través de sus obras como se puede alcanzar a comprender qué pasaba en aquellas mentes y aquellos cuerpos. Lo mismo que consiguió Marañón en sus ensayos sobre El Greco, analizando cada rasgo de su pintura.

La historia es otro de los campos para la curiosidad de los médicos humanistas. De una parte, nuestra propia ciencia es ya de por sí un ámbito suficientemente amplio para esta actividad. Frente a la opinión popular sobre el oficio más viejo del mundo, yo sostengo que fue el de médico. Lo primero que hizo el hombre al pisar la tierra fue clavarse un guijarro en el pie; y allí al lado había otro hombre que le ayudó a sentarse, le arrancó la piedra y le lamió la herida: ése fue el primer médico. Quizá ningún otro conocimiento humano haya sido tan investigado y sistematizado desde sus más remotos orígenes hasta la más inmediata actualidad por sus propios ejercientes como la medicina. Casi todas las ciencias se han limitado a avanzar con el empuje de los predecesores, dejando atrás, sin volver la mirada, lo que parece obsoleto a cada nuevo descubrimiento o invento. Pero la medicina ha autoexplorado atentamente su pasado encontrando una línea continua de identificación. La medicina ha hecho suya la expresión atribuida a Newton, quizá el científico más grande de la historia, que dice: "Si vemos más lejos que nuestros predecesores es porque somos enanos subidos a hombros de gigantes." Por eso la nómina de médicos que se han tomado interés y trabajo por su estudio es enorme; valga recogerlos a todos bajo el nombre de nuestro compatriota Pedro Laín Entralgo, autor de referencia universal para cualquier historiografía de la medicina.

Mas el resto de la historia no ha quedado fuera del foco de atención de los médicos. Abundan las patobiografías de sus protagonistas y de grupos humanos. Incluso sin connotaciones médicas, la historia universal ha sido material de estudio para muchos discípulos de Hipócrates. El acontecer de los hombres en el tiempo, las relaciones de todo tipo entre ellos y con la naturaleza que los rodea o con las fuerzas que los trascienden es algo muy atractivo para quien ha sido educado en la habilidad de mirar a las personas de cerca y cara a cara para intentar comprenderlas y sentir con ellas. Marañón, autor él

mismo de brillantes obras en este campo, decía que “una biografía no es otra cosa que una historia clínica liberada del secreto profesional”; una definición muy sugestiva que, naturalmente, sólo un médico puede suscribir.

El ensayo y la filosofía son dos formas de meditar sobre lo que sucede a nuestro alrededor y lo que bulle en el hondón de nuestro ser; intentos de dar respuesta a interrogantes que la entraña humana se niega a dejar escapar sin al menos un intento de comprensión. Se trata de las eternas preguntas: ¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos? El médico, durante su ejercicio diario puede que no se las plantee. El enfermo, muchos enfermos por lo menos, cada uno con el alcance de su capacidad intelectual y los límites que le marquen sus creencias, se las plantea siempre. ¿Es el médico consciente de que él se encuentra, lo quiera o no, en medio de esas dudas existenciales del paciente? Sólo con un planteamiento biológico de la enfermedad y de la vida, que es el que muchas veces tenemos en exclusiva los médicos, no se podrá ya no ayudar sino ni siquiera entender la angustia que acongoja al paciente; es preciso que el médico se haya hecho alguna vez esas mismas preguntas, lo cual supone que ha profundizado en las cuestiones básicas de la filosofía. El médico no puede ser sólo un científico especializado en la biología humana. En su condición de sujeto a quien el paciente ve como último asidero, según explicó magistralmente Laín Entralgo, tiene la obligación de al menos intentar la labor de compasión en su sentido etimológico, esto es, padecer con el otro y sentir lo que él siente. Labor muy difícil, desde luego, imposible en muchos casos, agotadora siempre, pero que va con el oficio, o debería ir.

Hipócrates filósofo; filosofaron Avicena, Averroés, Arnau de Vilanova, Paracelso o Servet al igual que lo hicieron los médicos de todas y cada una de las sucesivas “escuelas de pensamiento” que se han ido sucediendo hasta nuestros días. La respuesta encontrada es seguramente lo de menos; lo verdaderamente importante es el esfuerzo por conseguir alguna.

Y vuelve a aparecer la pregunta del principio: ¿sirve en realidad de algo todo esto para la medicina? Vamos a ir revisando los sucesivos pasos que da el médico en el curso de una actuación profesional. El primero será el diagnóstico. Pensemos en la psiquiatría y más concretamente en el muy sugestivo campo de los complejos. ¿Se puede hablar de complejo de Edipo, de Electra o de Eróstrato sin conocer quiénes eran estos personajes de la mitología? Y si nos referimos al hígado, ¿sabemos que estamos denominando a esa víscera con un nombre derivado de un capricho gastronómico romano, el de cebar a los patos con higos para conseguir la delicia del *jecus ficatum*? Y casi toda la nomenclatura

anatómica así como el nombre de muchas enfermedades, proceden también de los que les dieron médicos de hace siglos; ¿o qué otra cosa son el cólico, la disentería o la angina, por citar sólo algunos ejemplos?; ¿y el deltoides, el epigastrio el peritoneo o el escafoides? Si pasamos al tratamiento podemos encontrar asimismo varios ejemplos significativos. Las artes plásticas, en especial la pintura, tanto en su contemplación como en su realización, se han demostrado altamente positivas como coadyuvantes en terapias de pacientes con patologías crónicas y que requieren numerosas o largas hospitalizaciones. Recientemente se ha iniciado en el Hospital Gregorio Marañón un programa dirigido a niños oncológicos en el que se intenta mostrarles de forma sencilla pero interactiva el contenido de algunos museos como el del Prado. La música ha sido tenida en cuenta como terapia desde hace mucho tiempo. Recordemos el caso del rey Felipe V de España, el primer Borbón, cuya “melancolía” como entonces se decía, su profundo deterioro mental, sólo mejoraba con la audición de las canciones que para él interpretaba desde la habitación contigua el célebre cantante “castrato” Farinelli, traído a nuestro país expresamente para eso por la reina Isabel de Farnesio. La musicoterapia se ha consolidado como una ayuda en tratamientos de alteraciones psiquiátricas. También se ha comprobado que determinadas músicas, con las de Mozart y Boccherini a la cabeza, puestas como fondo en unidades de neonatología para niños prematuros, favorecen el desarrollo psicomotor e incluso pondoestatural de esos niños.

Una labor en la que los médicos nos vemos inmersos cada vez más es la de divulgación sanitaria en todos los medios de comunicación y para que esa información que proporcionamos tenga no sólo interés sino atractivo para el receptor de la misma siempre viene bien envolverla diríamos que en papel de colores y éste puede ser el utilizar referencias humanísticas como relatos históricos de personajes que sufrieron determinadas enfermedades o aludir a obras de arte popularmente conocidas que reproduzcan algún estigma de enfermedad.

El Humanismo sirve, desde luego, para que la medicina no haya sido nunca, y a ser posible no se convierta en ello jamás, una ciencia endogámica que se mira el ombligo; sirve para que los médicos seamos verdaderamente los profesionales al servicio del ser humano en su complejísima variedad de comportamientos en la vida; sirve para que la sociedad conozca la realidad o la imaginación desde un punto de vista privilegiado; y sirve, cómo no, para que una actividad profesional que llevándonos cada día junto al sufrimiento físico y la angustia anímica nos llega a abrumar con su peso de responsabilidad, pueda tener una válvula de escape que nos libere de una presión por



momentos insoportable. Cumple con un servicio como el que puede prestar el asistir a un concierto, visitar un museo, leer una buena novela, ir al cine o practicar deporte: medido por el rasero de bienes materiales tangibles, una nulidad; considerado en un baremo de bienestar anímico, excelente, balsámico y purificador.

A pesar de todo lo antedicho, en nuestros días el humanismo no parece tener ningún atractivo para las jóvenes generaciones de médicos. El ejercicio de la medicina, al menos en sus primeros años, se ha hecho muy competitivo y para obtener un puesto de trabajo y medrar en él se exigen exclusivamente méritos científicos. Esto repercute en que los jóvenes médicos no tienen tiempo, ni ganas, de dedicar una parte de sus recursos intelectuales a esas humanidades definidas como “conocimientos sin aplicación práctica inmediata”. ¿Hay lugar, tiempo o interés en los hospitales, los centros de salud o los congresos médicos para divagar o profundizar en temas humanísticos? Desde luego que no, salvo actos excepcionales como este que nos ha reunido hoy aquí. ¿Puntúan en algún baremo laboral o profesional los conocimientos de este tipo? Ni por asomo. ¿Se enseña en nuestras facultades a pensar en otra cosa que no sea pura ciencia básica o aplicada a la más estricta medicina? Si acaso, marginalmente, de forma puntual y casi de tapadillo. Nada más comenzar el curso, los alumnos preguntan ya cómo van a ser los exámenes. La normativa vigente, y la misma presión de los estudiantes, exigen que sean tipo test, como luego será el examen para las plazas de MIR a las que todos optarán. Yo les digo que preferiría que desarrollaran un tema, porque así es como se actúa en la realidad, no rellenando casillas, pero es un intento inútil. Y si no se entrena el esfuerzo de elaborar un razonamiento más o menos complejo y expresarlo por escrito o verbalmente, será difícil que más adelante se pueda argumentar ante un caso clínico. Y saber razonar y expresarse son dos habilidades que presta el ejercicio humanístico. En este mundo en que se desenvuelve la medicina de hoy día, pedir a nuestros jóvenes médicos que se preocupen y se ocupen de otros saberes humanos es exigirles casi una heroicidad, porque requeriría un esfuerzo que no están en condiciones de dar y también porque se expondrían entre la mayoría de sus compañeros a un juicio de extravagantes cuando no de perdedores en la carrera por alcanzar las metas de prestigio profesional.

Una triste realidad que, no obstante, alguien tendrá que intentar modificar. Esta tarea, más ingente según pasan los años y las promociones, corresponde por un lado a los docentes que deberían imbuir en los alumnos el interés por las humanidades. La forma de hacerlo queda al arbitrio del profesor: ilustrando la clase con imágenes de arte en las que aparezcan sujetos afectados de la enfermedad que se trata; intercalando textos

literarios que hablen de asuntos médicos; referenciando los temas en sus antecedentes históricos; habrá métodos para todos los gustos y posibilidades. Por otro, corresponde a los médicos “a la antigua usanza” que todavía desempeñan puestos de responsabilidad asistencial y que pueden influir con su ejemplo en las nuevas generaciones. No todo éxito se ha de valorar en prestigio puramente médico, científico y ni siquiera asistencial; tampoco en progreso a través de una jerarquía profesional en una medicina cada vez más institucionalizada; mucho menos en resultados económicos. Todo ello es bueno realizado en su justa medida, pero dejará sin fructificar otra fuerza que reside en la persona, la que el clásico Terencio sintetizaba en estas palabras: “Hombre soy y nada humano me es ajeno.” Este principio es fundamental en nuestro oficio y ello responde al hecho indudable de que la profesión médica constituye una completa forma de ser y de estar en la vida y ante la vida. Acabemos. No por repetida debe ser menospreciada la frase que se atribuye al legendario profesor del siglo XIX José de Letamendi, pintor, músico y escritor él mismo: “El médico que sólo sabe de medicina, ni medicina sabe.”